

Lun Evangelio del día

7
Nov
2016

Trigésimo segunda semana del Tiempo Ordinario - Año Par

Hoy celebramos: Todos los Santos de la Orden de Predicadores (7 de Noviembre)

“Sea hospitalario, amator de lo bueno, guardador de la Palabra fiel”

Primera lectura

Comienzo de la carta del apóstol san Pablo a Tito 1,1-9:

Pablo, siervo de Dios y apóstol de Jesucristo, para suscitar la fe de los elegidos de Dios y el conocimiento de la verdad, que, de acuerdo con la piedad, lleva a la esperanza de la vida eterna; esta fue prometida antes de los siglos por Dios, que nunca miente; al llegar el tiempo apropiado, él manifestó su palabra por la predicación que me fue confiada según el mandato de Dios nuestro Salvador, a Tito, verdadero hijo en la fe que compartimos: gracia y paz de parte de Dios Padre y de Cristo Jesús, Salvador nuestro.

Mi intención al dejarte en Creta era que acabaras de organizar lo que aún faltaba por hacer y constituyeses presbíteros en cada ciudad, siguiendo las instrucciones que te di.

Que el presbítero sea alguien sin tacha, marido de una sola mujer, que tenga hijos creyentes, a los que no quepa acusar de vida desenfrenada ni de ser unos insubordinados.

Porque es preciso que el obispo sea intachable, como administrador que es de la casa de Dios; que no sea presuntuoso, ni colérico, ni dado al vino, ni pendenciero, ni ávido de ganancias poco limpias.

Al contrario, ha de ser hospitalario, amigo del bien, sensato, justo, piadoso, dueño de sí.

Debe mostrar adhesión al mensaje de la fe de acuerdo con la enseñanza, para que sea capaz tanto de orientar en la sana doctrina como de rebatir a los que sostienen la contraria.

Salmo de hoy

Sal 23 R/. Esta es la generación que busca tu rostro, Señor.

Del Señor es la tierra y cuanto la llena,

el orbe y todos sus habitantes:

él la fundó sobre los mares,

él la afianzó sobre los ríos. R/.

¿Quién puede subir al monte del Señor?

¿Quién puede estar en el recinto sacro?

El hombre de manos inocentes y puro corazón,

que no confía en los ídolos. R/.

Ese recibirá la bendición del Señor,

le hará justicia el Dios de salvación.

Esta es la generación que busca al Señor,

que busca tu rostro, Dios de Jacob. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 17,1-6

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«Es imposible que no haya escándalos; pero ¡ay de quien los provoca!

Al que escandaliza a uno de estos pequeños, más le valdría que le ataran al cuello una piedra de molino y lo arrojasen al mar. Tened cuidado.

Si tu hermano te ofende, repréndelo, y si se arrepiente, perdónalo; si te ofende siete veces en un día, y siete veces vuelve a decirte: “Me arrepiento”, lo perdonarás».

Los apóstoles le dijeron al Señor:

«Auméntanos la fe».

El Señor dijo:

«Si tuvierais fe como un granito de mostaza, diríais a esa morera: “Arráncate de raíz y plántate en el mar”, y os obedecería».

Reflexión del Evangelio de hoy

«Sea hospitalario, amator de lo bueno, guardador de la Palabra fiel»

Pablo señala las condiciones que debe tener el responsable de la predicación de la Palabra. Lo personaliza en los presbíteros y obispos, pero va dirigido a todos y cada uno de nosotros, ordenados o no.

La extensión de la Palabra de Dios es obra de todo hombre o mujer que alcance su comprensión y tenga capacidad para presentarla y que, además de presentar la Palabra fiel, debe tener capacidad de argüir a los contradictores.

Parece que S. Pablo nos está invitando al estudio y la oración. Un estudio que nos permita alcanzar la comprensión de la palabra y una oración suficiente para que la interioricemos, la hagamos vida en nosotros, y podamos después llevarla a los demás. Un hermoso lema dominico que podríamos apoyar en este texto.

«Si siete veces al día peca contra ti, siete veces le perdonarás»

Podemos continuar el párrafo anterior con las indicaciones de Jesús en este fragmento de Lucas. Es inevitable la existencia de escándalos, pero «¡ay de aquel por quien vengan!».

Y ahí tenemos marcada una gran responsabilidad: Tenemos la obligación de evangelizar, es ineludible por mandato del mismo Cristo, pero necesitamos presentar a los hombres la verdad. No un evangelio que acomodemos a nuestras ideas, a nuestras costumbres puede que ancestrales, pero que tenemos que ajustar a la verdad del evangelio de Jesús.

Estudio y oración son dos pilares necesarios para no ser motivo de escándalo, pero necesitamos, al menos, un tercer pilar para dar estabilidad al edificio: la misericordia.

Una predicación sin caridad no es evangélica. Puede ser erudita, de brillante oratoria, admirada por las masas, aplaudida por propios y extraños, pero si no está apoyada en la misericordia, en la compasión, en el compartir vida y bienes con el prójimo, seremos solo flatus vocis que alejarán al hombre del verdadero y recto entender del Evangelio, y ahí cobra sentido el aviso de Jesús: «Ay de aquel por quien venga el escándalo».

Puede que llegados a este punto tengamos que preguntarnos qué tipo de cristianos somos, cómo vivimos el Evangelio y cómo tratamos de transmitirlo.

No es pequeña la tarea ni sencilla: perdonar siete veces al día las faltas del hermano parece excesivo, pero si de verdad queremos vivir la misericordia, la caridad, el amor como el Evangelio nos pide, la manifestación en nuestra vida tiene que ser palpable, presente en público y en privado. Solo así nuestro anuncio del propio Evangelio será eficaz.

Hoy recordamos también a la pléyade de Santos dominicos. Una inmensa masa de hombres y mujeres que, a lo largo de los tiempos, han vivido y predicado la Palabra de Dios.

No busquemos nombres: son demasiados para no dejar a muchos sin citar, pero sí hagamos nuestro su buen hacer evangélico y tratemos de imitarlo, porque, en definitiva, solo Dios importa.

Preguntas:

¿Qué tipo de cristianos somos, cómo vivimos el Evangelio y cómo tratamos de transmitirlo?

¿Cuáles son mis capacidades para presentar la Palabra de Dios? ¿Está asentada en el estudio, la oración y la misericordia?



D. Félix García O.P.
Fraternidad de Laicos Dominicos de Viveiro (Lugo)

Todos los Santos de la Orden de Predicadores

En la fiesta de hoy, instituida por el papa Clemente X en 1647, recordamos con amor "a los miembros de la Familia Dominicana que nos han precedido, dándonos ejemplo con su vida, compañía con su amistad y ayuda con su intercesión" para que "nos sintamos animados a imitarlos y se afirme el espíritu de nuestra vocación (LCO 16; 67; LCM 16; 92).

Os ofrecemos una de las lecturas del Oficio de la Orden de Predicadores:

De una Carta del beato Benedicto XI, papa, a sus hermanos de la Orden reunidos en capítulo general en Tolosa

(Roma, 10 de marzo de 1304: BOP 11, Romae 1730, pp. 93.94)

Los sarmientos de Cristo iluminan a todos con los testimonios evangélicos

La inefable providencia del Creador para exaltar la gloria de su nombre y procurar la salvación de los fieles en los últimos tiempos hizo brotar en el jardín delicioso de la Iglesia entre sus hermosas y fecundas plantas la preclara Orden de los Predicadores como árbol de vida que, regado con la bendición de la lluvia celestial, desde sus primeros momentos ha crecido maravillosamente. Por obra de la gracia divina este árbol se ha elevado hacia lo alto y se ha extendido a lo largo y ancho de tal modo que con su altura llegó hasta los cielos y con sus ramas llegó hasta los confines del orbe terrestre.

Como excelentes sarmientos unidos a la vid que es Cristo, son aquellos frailes de la Orden de santo Domingo, que libres de las superfluidades terrenas y prendidos del peso de las riquezas, se negaron saludablemente a sí mismos y abrazados a la pobreza y profesando la vida regular, llevaron hermosas flores de honor y vida santa y frutos copiosos al banquete del Rey celestial.

Estos son de modo tan excelente ministros elegidos de Cristo, resplandecientes por su ejemplar vida religiosa y esclarecidos por su santidad de vida, que se debe reconocer fueron puestos por la sabiduría divina como luz de las naciones y como astros en el firmamento de la Iglesia, o como lámparas encendidas en la casa de Dios, que iluminan a todos con las enseñanzas evangélicas e indican con sus rayos a los hombres el camino de la vida.

Estos son insignes guerreros que luchando con el escudo de la fe, con la espada del espíritu y con las armas de la justicia, (Ef 6, 17) se han esforzado en conseguir que se acrecienten las virtudes en todos los católicos, se manifieste el camino de la salvación a los pecadores y sea destruida la locura de la deformidad herética.

Considerad por tanto, carísimos, y recapacitad atentamente sobre estos solidísimos fundamentos de nuestra Orden, en estos guías insignes, valerosos soldados e infatigables luchadores, de modo especial en muchos de ellos que están en la patria celestial y que han sido ya incluidos solemnemente en el número de los santos y son ya comensales de la mesa celeste y ciudadanos seguros de la patria eterna. Por ello, como hijos suyos auténticos, debéis ser sus fieles imitadores y caminar tras las seguras huellas que os han dejado tan ilustres y tan firmes ejemplos de una vida ordenada y religiosa. Debéis también conservar inmaculada esta Orden, que tiene en sí misma el ornato de una perfecta belleza, pues por la generosidad de Dios y de la Sede Apostólica ha sido enriquecida de tantas gracias, ensalzada con tantos dones y reafirmada con tantos privilegios.

Pero dado que las tendencias del hombre son propensas al mal, procurad con todo empeño fomentar en vosotros el fervor de la religión, el celo por la justicia y la rectitud del juicio para que se mantenga vigorosa la disciplina de la corrección que desarraigue los vicios.

Procurad que en vuestras costumbres resplandezca la humildad hermosa, aumente la devoción piadosa, agrade la obediencia santa y persevere paciencia verdadera. Sed unánimes en el obrar concordados en la caridad, tranquilos en la paz, y haced con gran orden todo lo que exige la vida regular, estando en orden con Dios y con los hombres, de modo que estéis a salvo de todo mal espiritual y defendidos del astuto enemigo que ataca especialmente en la inactividad del ocio. Estad dedicados siempre al estudio de la sagrada doctrina, por la que conseguís tan gran mérito y honor; atended a la predicación frecuente y a oír confesiones y ya que habéis sido destinados especialmente a esa misión, dedicaos a ella con diligencia y gran solicitud. Así pues, ocupad vuestra vida en todo lo dicho y en otras cosas honestas o lícitas para que lo ilícito no pueda tener lugar en vosotros; vivid anclados totalmente en el autor de vuestra salvación, (Hb 2, 10) de vuestra esperanza y de vuestro consuelo. En fin, mostrad a los prelados de vuestras iglesias tan grande reverencia y honor que podáis obtener con razón su favor y benevolencia.

De esta forma podréis ser de provecho para vosotros mismos mediante los méritos de vuestra vida y para los demás mediante el ejemplo. Así, esparciendo con trabajo vuestra semilla, llevaréis con alegría densas gavillas a la era celestial; de este modo conseguiréis para vosotros y para los demás el premio debido a la santidad, la gloria de la claridad eterna.